



PQ6085
.v2

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del Editor,
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de J. Cruzado, Divino Pastor, 9.

RIPIOS ACADÉMICOS.

I.

En los conventos de la orden de Santo Domingo se sirve la comida empezando por los novicios y acabando por el Padre Prior.

Fúndase esta práctica en una tradición venerable que aparece consignada en la *Relación de Sor Cecilia*, uno de los escritos más antiguos de la Orden.

Según el mencionado documento, un día, en vida del Santo fundador y hallándose éste en Roma, en el convento de San Sixto, sucedió que no había nada que comer en la casa.

A pesar de eso y contra las indicaciones de los hermanos, ordenó el bienaventurado Padre llamar á refectorio á la hora ordinaria, y reunida la comunidad como otros días, pronunciada por el santo la bendición de la mesa y comenzada la lectura, aparecieron de repente en el refectorio dos ángeles, en forma de gallardos mancebos, y repartieron á la

comunidad un pan blanquísimo, comenzando por las hileras inferiores hasta llegar al santo patriarca que dejaron para lo último.

Al repartir yo á los académicos el pan espiritual de la corrección, quiero imitar á los dominicos, siguiendo como ellos el ejemplo de los ángeles, por lo cual voy á comenzar por Marcelino Menéndez Pelayo, que en el refectorio de la calle de Valverde es el más joven.

Este Marcelino es un muchacho de buena memoria, que firma torcido, tartamudea un poco, y nunca se quita la capa.

Nunca; ni para entrar en el redil de los conservadores-liberales.

Pero entiéndase bien, que sólo en la edad es Marcelino inferior á sus compañeros; pues en todo lo demás, incluso en hacer versos malos, está á la misma altura que otro cualquiera.

Ya lo verán ustedes.

Como que los hace tan malos, que aun el mismo D. Juan Valera, que por cierto no los hace mejores, y que además es muy amigo suyo, no se determina á decir que son buenos.

Y eso que Marcelino se empeñaba en que lo había de decir; pues tanto significa empeñarse en que le escribiera un prólogo largo para la colección de sus *odas, epístolas y tragedias*.

Porque han de saber ustedes que con este

título ha coleccionado Marcelino sus versos, en uno de esos tomos lujosos que hace imprimir Mariano Catalina y que tiene que pagar el Estado, recogiénolos al Ministerio de Fomento, porque el público no los compra.

¡Qué los ha de comprar, si no los quiere ni de balde! ¡Con que hasta los ejemplares que el autor y el editor regalan á los amigos van en seguida á tomar puesto perdurable en las librerías de viejo!...

Pues sí, en uno de esos volúmenes de lujo que llevan el epígrafe caprichoso de *Colección de escritores castellanos* andan las poesías, llamémoslas así, de Marcelino, precedidas de un prólogo muy largo de D. Juan Valera.

Muy largo.

Setenta y nueve páginas nada menos escribió D. Juan para probar que Marcelino es poeta, y, es claro, no pudo...

Si es que quiso; pues tampoco aparece muy claro que quisiera eficaz y verdaderamente. Porque dice unas cosas...

Lo primero que hace es contar á todo el mundo que Marcelino se empeñó en que le escribiera un prólogo y hasta en que el prólogo fuera largo, con lo cual no parece que se proponga otra cosa sino poner al autor en berlina.

Después dice:

«No me lisonjeo de que en virtud de mi elocuencia crítica he de convertir en admirador de Me-

nández Pelayo, como poeta, á uno solo de los que como tal le niegan ó le denigran».

Más adelante añade:

«El erudito tiene memoria, y la memoria ahoga en él la fantasía y la suplanta; recuerda y no crea; imita y no inventa; repite los sentimientos é ideas de los extraños, y no siente ni piensa por sí.»

¡Cómo le pone! ¿Ven ustedes?

En otra página escribe:

«Para entender á este poeta erudito, todo lector medianamente profano necesitará, por lo menos, del auxilio de Bouillet. La dama de sus pensamientos, á quien él dirija declaraciones, ternezas ó pipos en sus coplas, se quedará á oscuras leyéndolas, como si en griego estuvieran escritas, ó bien tendrá que seguir un curso de mitología, otro de antigüedades clásicas y otro de filosofía gentilica. Y el vulgo, por último, que ni tiene para comprar el Bouillet ni sabe que existe, ni cuenta con solaz y reposo para meterse en la cabeza tanto enredo, oirá á nuestro poeta como quien oye llover.....»

¡Pues claro!

Y todavía añade D. Juan que «todo esto tiene una parte de verdad.»

No sea usted modesto. Diga usted que eso es la verdad pura.

Sobre que de todas maneras ha de haber quien sospeche que no se ha propuesto usted en el prólogo largo defender á Marcelino, sino tomarle el pelo.....

Y más al ver que cita usted como versos brillantes estas tonterías:

«Cantó Anacreon el amor y el vino,
Cual del tirano Policrates siervo;
Mas era heleno Policrates: cuna
Diérale Samos.»

Policrates—cuna... ¡Qué monada!..

Mas sea lo que quiera de la intención de don Juan y de su larguísimo prólogo, el caso es que Marcelino, á quien un apreciable francés ó ruso llamado Boris de Tannenberg acaba de clasificar como uno de nuestros tres poetas menores, no es poeta ni mayor ni menor, ni siquiera mínimo, ni nada poeta absolutamente.

Y si no, vamos á ver: ¿es esto poesía?

Vean ustedes la primera composición del libro, después de la dedicatoria. Empieza así:

«Á LA MEMORIA

DEL EMINENTE POETA CATALÁN

D. MANUEL CABANYES

MUERTO EN LA FLOR DE SU EDAD, EL AÑO 1833.

ODA.»

La señal más segura para conocer que es mala una composición en verso, es que tenga un título muy largo.

Bien recordarán ustedes, los que hayan leído los *Ripios Aristocráticos*, que lo mismo hacía el marqués de Heredia.

«A mi querido amigo Ramón Vinader, decía, con motivo de la muerte de su *inolvidable* hermano gemelo el Padre Francisco etc.....»

De donde se puede deducir como teorema,

que la longitud de los títulos está en razón inversa del mérito de las composiciones.

«A la memoria del eminente poeta catalán D. Manuel Cabanyes, muerto en la flor de su edad, el año 1833», dice Marcelino; y pone todavía, antes de comenzar á escribir por su cuenta, un renglón en griego.

Una sentencia de Menandro que dice que «el varón amado por los dioses muere pronto.»

En lo cual demuestra Marcelino sus ridículas aficiones paganas. Porque, á no tenerlas, hubiera elegido un texto cristiano que expresa el mismo pensamiento mucho más poéticamente, aquel hermoso versículo del libro de la Sabiduría (iv, 11) que dice: *Raptus est ne malitia mutaret intellectum ejus, aut ne fictio deciperet animam illius.*

Pero en fin, vamos á la *Oda*.

Ustedes creerán que después de haber dicho en el título hasta la circunstancia de que el poeta era eminente, y la de haber muerto en la flor de su edad, apenas le puede haber quedado á Marcelino que decir en los versos.

Pero ¡vaya si le ha quedado!

Empieza:

«Feliz quien nunca en la *inviolada* lira
Al poder tributó *venal* incienso,
Ni elevó al solio de opresores *viles*
Su *profanado* canto.»

Como ven ustedes, Marcelino prescinde de la rima para que no le estorbe, y aun así, en

libertad, tiene que rellenar los versos con ripios tan ripios como la *inviolada*, el *profanado*, el *venal* y los *viles*.

Con que si tuviera que buscar consonantes..... ¡figúrense ustedes!

Y sigue:

«¿Por qué de Horacio el *numeroso* acento?.....»

Este *numeroso* no crean ustedes que quiere decir que Horacio tenía muchos acentos; quiere decir *armonioso*.

Aunque no lo dice.

«¿Por qué de Horacio el *numeroso* acento
Adula el *sueño* al opresor del mundo?

¿Por qué, *soñada* alcurnia en su alabanza

Teje de Mantua el vate?»

Me parece que, aparte de la sosura general de los versos, y de la asonancia fastidiosa de *sueño* con *acento*, eso de tejer alcurnias soñadas, en alabanza no se sabe de quién, es bastante malo.

Después nos cuenta que

«Odio *patricio* y ambición *insomne*

El brazo armaron del *terrible* Alceo;

Envenenó la *Némesis plebeya*

De Béranger el alma.»

Y no me pregunten ustedes quién es la *Némesis plebeya*, porque, en conciencia, no lo he sabido nunca.

Habla luego de

«..... los dones

Que sobre ellos vertieron las sagradas

De Mnemosine hijas?»

¿Qué quienes son las *sagradas de Mnemosi-
ne hijas?*..... Tampoco lo sé bien.

Deben de ser las trasposiciones.

Luego invoca á los poetas griegos y les dice:

«Abrid del templo las *doradas* puertas.....»

¡Es claro! ¿Qué menos habían de ser que *doradas?*

«Abrid del templo las *doradas* puertas:

¡Paso al *virgen* mancebo *laetano*.....»

¿La..... le..... qué?

Seguramente no saben ustedes así de primera intención lo que es *laetano*; pero tampoco el saberlo les hace maldita la falta.

Como que es una palabra que los académicos, á petición de Marcelino, han puesto en el Diccionario, y claro es que si no fuera inútil no la hubieran puesto.

Se dirige luego Marcelino al difunto y le dice:

«Tú la belleza con afán buscaste,
Como á los griegos se mostró y latinos.....»

Pero, muchacho..... ¿tú crees que esto es poesía?....

«¡Como á los griegos se mostró y latinos!.....

¡Qué azotes de darte!

¿Y esto?

«Trajo la historia á tu *inspirada mente*
Los *claros* nombres de la edad pasada:
Un rey jurando en manos del *ardido*
Esposo de Jimena.»

¡El ardido!

¡Tú sí que estás ardido, es decir, echado á perder!

Porque esto es lo que significa *ardido*, y no valiente, que es la acepción que tú le quieres dar, y que, aun en el Diccionario académico en que corren tantas tonterías, no corre sino como anticuada.

¿Tanto te costaba haber dicho en lugar de *ardido* valiente ú osado?

Repito que merecías unos buenos azotes...

También escribió Marcelino en su primera edad una epístola á Horacio.

¡Pobre Horacio! ¿Qué daño le habría hecho?

Pero nada; el chico fué á Roma, y le pareció que no debía volverse de allá sin asestar al lírico latino unas cuantas pedradas poéticas, digo, prosaicas, en esta forma:

«Yo guardo con amor un libro viejo
De mal papel y tipos *revesados*,
Vestido de *rugoso* pergamino:
En sus hojas doquier, *por vario modo*,
De diez generaciones escolares
A la censoria *férula* sujetas,
Vese la *dura* huella señalada.....
En mal latín sentencias manuscritas
Escolios y apostillas de pedantes,
Lecciones varias, apotegmas, glosas
Y pasajes sin cuento subrayados...»

Quisiera yo coger aquí al señor Boris de Tannenberg, que tiene á Marcelino por uno de nuestros tres poetas menores; quisiera yo

cogerle aquí para preguntarle á ver si esto es poesía ni menor ni de ninguna clase.

No, señor, esto es prosa mala; pero bastante mala.

Lo mismo que esta:

«¡Adiós, adiós, monarca de la lira!....
Triunfante se ha de alzar el libro viejo
De mal papel é *innúmeras* erratas,
Que con amor en mis estantes guardo.»

Otra composición pueril de Marcelino se titula:

«CARTA

A

MIS AMIGOS DE SANTANDER

*con motivo de haberme regalado
(aquí le salió un verso improvisado)
la biblioteca graeca de Fermín Didot.»*

¿Les parece á ustedes bastante título? Pues, á pesar de ser tan largo, todavía no le cabe en los versos todo lo que quiere decir, y ha tenido que llenar la composición de notas.

Que es otra gracia general de los académicos y demás versistas prosaicos.

Empieza la carta:

«*Al fin* llegaron.... desde el *turbio* Sena
Que la *varia* y *gentil* ciudad divide,
Metrópoli *lodosa* de Juliano,
Hasta los montes de Cantabria *invicta*.... »

Y así por este lodoso estilo..... académico.

Allá hacia lo último quiere hacer mención especial de cada uno de los donantes, y dice:

«¿Cómo olvidar á ti, que en rica prosa....

¡Hombre! ¿cómo *olvidar*.... á ti?

Se dice «como olvidarte á ti.»

¡Mira que no saber escribir en castellano un santanderino!....

Pero, ¡ya se ve! como escribía exprofeso para entrar en la Academia, tenía que acomodarse al gusto de la casa, para el cual la poesía consiste en decir las cosas al revés de como deben decirse.

Pues una cosa que escribió Marcelino á la *galerna del Sábado de Gloria*, es capaz de dar la castaña al más pintado. Porque empieza así:

«Puso Dios en mis cántabras montañas
Auras de libertad, tocas de nieve,
Y la vena del hierro en sus entrañas.»

Y cuando cree uno que todo van á ser tercetos como este, que no es del todo malo, se encuentra con que sigue Marcelino diciendo:

«Tejió del roble de la *adusta* sierra
Y no de *frágil* mirto su corona,
Que ni *falerna* vid, ni *ático* olivo
Ni *siciliana* mies ornan sus campos....»

Es decir, que se va por los campos de la libertad ensartando prosaismos y dislates como otras veces.

Por cierto que llega á donde dice:

«Las sombras de sus mártires patronos,
Las de los dos celtíberos guerreros.»

Y como eso no es bastante para que se sepa quiénes son los dos guerreros celtíberos, pone llamada y nota abajo, diciendo: «San Emeterio y San Celedonio.»

Este sistema de las notas me hace recordar al baturro de la comedia *Robo en despojado*, que después de muchas tentativas para sacar un cantar, explicando á su novia el motivo de haber tardado tanto aquella noche en ir á hablar con ella por la ventana, se decide á cantarla el siguiente:

«Aquí tienes á tu novio
Que ha venido retrasao,
Porque ha tenido que hacer
En una casa en que entrao....
á servir.»

—Esto se lo digo yo después rezao—añade el hombre tan satisfecho.

Lo mismo suelen hacer Marcelino y los demás compañeros de su maldad poética, que llamamos académicos de la Española. También dicen rezado lo que no les cabe en la medida.

Y es lástima que no se decidan á decirlo todo rezado.

Es decir, á escribir sólo en prosa.

II.

No dejarán ustedes de recordar aquellas viñetas que sobre la envoltura del chocolate de Matías López representaban en primer término un niño muy flaco, y en segundo término un niño muy gordo, con sendos epígrafes que respectivamente decían: *Antes de tomar el chocolate: Después de tomar el chocolate.*

Pues bueno: dando aquí por supuesto que aquella pintura tuviera fundamento en la realidad, hay que convenir en que el chocolate de la Academia no produce los maravillosos resultados que el de Matías López.

Porque Marcelino, que es el niño de la *docta corporación*, como la llaman todavía algunos simples, tan flaco y desmedrado está, poéticamente hablando, y tan raquítico y tan enclenque, después de haber tomado el chocolate de la Academia, como antes de que lo tomara.

En el artículo precedente hemos considerado á Marcelino antes de ser académico, es

decir, hemos examinado los versos que escribió antes de comenzar á alimentarse en la chocolatería de la calle de Valverde; y hemos visto que eran muy malos. En este vamos á examinar los que ha escrito después de tomar el académico chocolate, y verán ustedes cómo son tan malos ó peores.

Abramos el libro por la primera página después del prólogo, y nos encontraremos con una cosa que Marcelino llama *soneto-dedicatoria*, pegando estas dos palabras, una del género masculino y otra del femenino, con un guión, que tiene que hacer de aglutinante.

Y dice Marcelino:

«A tí, de ingenio y luz raudal *hirbiente*,
(Pase lo de hervir el ingenio.)

De las helenas gracias compañera,
De mis cantos daré la flor primera:
Cobre hermosura al adornar tu frente.»

Este cobre á primera vista parece metal, pero después resulta que es verbo.

Cuarteto segundo:

«No de otro modo en bosque *florecente*,
Rudo y sin desbatar el leño espera,
O el mármol *encerrado* en la cantera.....»

La coma del *espera* y este verso tercero que se interpone, hacen creer á uno que el leño rudo y sin desbatar no espera cosa determinada, sino que espera... sentado, es decir, se está allí por no poder marcharse. Pero se

lleva uno un chasco al llegar al cuarto verso, porque el cuarto verso dice:

«El *sabio* impulso de escultor *valiente*.»

Es decir, que lo que el leño *espera* es el *sabio* impulso, etc. Sino que como lo mismo espera el mármol encerrado, y el autor no lo supo decir con buena sintaxis, de ahí la equivocación, y luego la sorpresa del lector al llegar al último verso.

El cual también tiene su poco de ripio.

Porque aun pasando porque el impulso del escultor haya de ser necesariamente *sabio*, siempre nos queda el último *valiente*, que es un valiente muy inoportuno, como lo suelen ser casi todos los valientes, incluso el general Martínez Campos.

¿Pero por qué el escultor ha de ser *valiente*? Vamos á ver.

Porque á Marcelino le hace falta que lo sea. Es claro; porque hizo al bosque *florecente*.

Pero si el bosque, en lugar de ser *florecente*, hubiera resultado *florido*, el escultor no hubiera sido valiente, sino *atrevido*, ó *ardido*, como suele decir Marcelino para que nadie lo entienda.

«Llega el artista.....»

Y llegamos nosotros á los tercetos; que se me había olvidado advertirlo.

«Llega el artista, y la materia *rinde*;
Levántase la forma vencedora
Del mármol que el cincel taja y *escinde*.»

¿*Escinde?* ¿Y qué es eso, dirá cualquier lector que no haya estudiado latín? Y se irá á buscar la palabreja al Diccionario de la Academia..... y no la encontrará.

Sin que en honor de la verdad haya que censurar por ello á la Academia, pues no es palabra castellana.

Es el verbo latino *scindere*, que no ha pasado al castellano, ni hace falta, porque tiene su traducción legítima en los verbos rasgar y hender; pero le hizo falta á Marcelino para concertar con *rinde*, y le puso.

Ultimo terceto:

«Corra, en la piedra, de la vida el río:»

Por mí que corra; pero conste que no entiendo una palabra, que no sé lo que quiere decir Marcelino en ese verso.

Un río de la vida que corre en una piedra, que supongo que será el mármol *escindido* más atrás... ¡Vaya! que no se entiende.

«Corra en la piedra de la vida el río:
Tú serás el cincel, noble señora,
Que labre el mármol del ingenio mío».

Pues se conoce que la noble señora no ha querido meterse á cincel; porque el ingenio de Marcelino, vamos, el ingenio poético, sigue enteramente por labrar.

Y sinó que lo diga una composición á *Lidia* que empieza:

«Almas afines hay: bésalas Jove,

Y las manda á la tierra con el sello
De divina hermandad...»

¡Qué las ha de besar Jove! Las almas las cria Dios, bobín, y nada tiene que hacer con ellas Jove ni ningún otro dios académico.

«Almas afines hay: bésalas Jove,
Y las manda á la tierra con el sello
De divina hermandad. Si no se encuentran,
Largo gemido y sempiterno lloro
Es su vida mortal. De vanos sueños...»

Etcétera. Donde, aparte de la tontería del fondo, la forma también es muy mala.

«Almas afines hay...
De divina hermandad...
En su vida mortal...»

En cinco versos libres, tres primeros hemistiquios iguales, agudos y asonantados. Y además dos asonantes finales, *sello* y *sueños*.

Ni aun versos libres, que los hace cualquiera, sabe hacer este pobre muchacho.

En otra composición, libre también, que se llama *Remember* pregunta el niño de la Academia á una dama:

«¿Consentirás al menos
Que el ritmo *vago* como el aire *libre*,
Indomeñable, etéreo (¡eche usté apodos!)
Que ni montes ni alcázares detienen,
Y halaga y duerme al *velador*...»

¡Hombre! ¿También nos ha salido espiritista?—exclamará algún lector asustado.—Porque eso de dormir los veladores...

Pero no es eso.

«Que ni montes ni alcázares detienen,
Y halaga y duerme al *velador* tirano,
Y nada dice...»

¡Acabáramos!

Ese es el signo distintivo de la poesía académica en general, y de la de Marcelino en particular. No decir nada.

Y ahora verán ustedes cómo empieza un soneto:

«Salve, titán de la *cerúlea* frente
Sobre el *materno piélagó* dormido:
De tu *férrea* garganta amo el rugido...»

¿Quién dirán ustedes que es ese titán de la frente *cerúlea* y de la garganta *férrea* dormido sobre el *piélagó materno*?...

Pues el mar: el muchacho quiere que sea el mar, que ni tiene la garganta de hierro, sino de agua, ni se entiende cómo pueda dormir sobre el *piélagó materno*, cuando la Academia dice que piélagó, en poesía, es el mar, y por consiguiente ha tenido el mar que dormirse sobre sí mismo.

¡Cuánta simpleza!

Y todavía dice en una elegía libre:

«No sé qué vaga nube
De futura tormenta *anunciadora*
Cubrió mi frente, al encontrar perdida
De un *escoliasta* (?) en las insulsas *hojas*...»

(¡Ah! vamos, en las hojas de algún otro poema académico... Por lo de insulsas!)

En el canto *purísimo* y *sombrio*
Del amador toscano de la nada,
(¿Quién será el amador toscano de la nada?)

Que en versos no entendidos...

(¡Hombre! Hermanos de los tuyos).

.....Y á espíritus *gentiles*

Como el tuyo, señora, reservados...»

¡Qué atrocidad! Llamar gentil á una señora...

Es verdad que puede ser que lo sea. Cuan-
do es amiga de Marcelino, y por aquello de
que Dios los cria...

Después habla de

«La fiebre, que sus huesos,
Cual indómito monstruo *contundía*...»

¡Vamos, que una fiebre contundiendo los huesos!

Y además:

«El rápido corcel del exterminio
Volando por su sangre generosa...»

¡Hombre! Por los líquidos no se puede vo-
lar; se podrá nadar á lo sumo.

Y luego un corcel volando por la sangre...

Ni á propósito se pueden ensartar mayo-
res desatinos.

En otra composición libre, á una tal *Agla-
ya*, que diz que es una señora dulce, á lo me-
nos él la llama *dulce señora*, habla de

«El ciego impulso de ambición *insomne*
Que *lucra maldición* en los aplausos...»

Y en otra, libre también, pero muy libre,

en el peor sentido de la palabra, que se titula *nueva primavera*, habla de

«Una oculta virtud *germinadora*
De nueva creación *productora*.»

Y ofrece á su amiga inmortalizarla,

«Cual *hembra* castellana...
Como en Tibulo, Némesis y *Delia*,
Como en Horacio, la gentil *Glicera*.
¡Ven á alumbrar mis *vigilantes* horas,
A ser la sal de mi desierta *mesa*!»

Lo que necesita sal son estos versos libres que, á más de estar llenos de asonantes inoportunos, no tienen sustancia.

¿Y qué me dicen ustedes de una *oda* que empieza:

«Ven, *septicorde* lira?»

Después de tropezar en el primer verso con este capripede, digo, *septicorde* ¿hay quien tenga valor para seguir leyendo?

Lo mismo que lo de llamar en un adónico á Venus ó á no sé quién:

«Reina bicorne.»

¿Y la traducción del himno de Prudencio en loor de los mártires de Zaragoza?

Verán ustedes:

«De diez y ocho las cenizas guarda
Mártires sacros, en la misma urna,
Fiel nuestro pueblo: á Zaragoza asiste
Gloria tan alta.»

¡Hombre, esto no es poesía, ni es nada.
Esto es como si yo dijera:

Marcelinico, que la grande llevas
Todos los días con embozos capa,
Y disparates amontonaas muchos,
Vete á..... paseo.

Pero, no; no te vayas todavía, que tengo que pedirte cuenta de este otro verso sáfico que irreverentemente diriges á Santa Engracia:

«Y tus médulas pertinaz gangrena...»

¿Te parece que las médulas de los santos han de ser *medúlas* no más que porque á ti se te antoje?....

Y no vale enfadarse, no, ni ponerse furioso, como creo que te pusiste, hablando de mí, el año pasado, una vez que, accionando con la mano temblona y con los dedos abiertos, y trabándosete mucho la lengua, decías:

—«No escribiré la historia de la sátira en España, por no nombrarle; y se fastidiará, porque yo dejaré treinta volúmenes y él dejará cuatro libelos.....»

No, eso no conduce á nada: sosiégate, y deja todos los volúmenes que quieras; pero convéncete de que más te valdría no dejar este de los versos.

Donde, á más de las..... cosas ya señaladas, tienes una traducción muy verde de Teócrito, la del *Oaristys*, que sobre ser muy verde y muy escandalosa, es lo más soso que se ha escrito en castellano.

Como que es un diálogo imbécil entre un pastor y una pastora, que dicen:

Ella.—«No abandonarme, por los dioses *jura*.

El.—Por Pan lo juro: seguiréte aunque *huyas*.
(Se advierte que es verso libre)

Ella.—¿Tálamo harás en la paterna casa?

El.—Y establos llenos de *balantes greyes*.

Ella.—Mas, ¿qué decir á mi amoroso padre?

El.—Mi nombre dile: gustará del yerno.

Ella.—Dime tu nombre: agradaráme acaso.

El.—Dafnis, de Lycas y de Nómis hijo.

Ella.—Soy bien nacida como tú, boyero...

El.—Dí: ¿por qué tiemblos, de mis ojos lumbre?

Ella.—¿Por qué desatas la virgínea zona?

El.—En sacrificio á la de Chipre reina.....»

Y..... ya no se puede seguir; pero con lo transcrito bastará para que comprendas, ¡oh! tú, el de la Academia niño, que has echado á perder á Teócrito, y que nadie en el mundo puede tener la paciencia que es necesaria para leer esas soserías.

Como no se puede leer tampoco la traducción que has hecho del idilio de Chénier, *El ciego*, donde, tras de otros muchos giros inadmisibles, se lee:

—«Toma, y ojalá cambie tu destino,
Ellos *dijeron*: y sacando *luego*
De una de cabra piel blanca y luciente
El manjar aquel día preparado.....»

¡De una de cabra piel!.....

¡Pero hombre! ¡De una de cabra piel!....

¿Qué diría de esto el señor Boris de Tannenberg, si se enterara?

Lope de Vega, para burlarse de las trasposiciones, escribió aquella famosa de

«En una de fregar cayó caldera.»

Pero tú, ¡oh, Marcelino! has hecho en serio una trasposición aún más violenta y más ridícula que la de Lope.

Y más que todas las conocidas.

Vamos, que..... ¡De una de cabra piel!.....

Un poeta contemporáneo, mejor que tú, aunque Boris de Tannenberg no le coloque entre los tres poetas menores, cuenta que una modista amó á un veterinario,

«Que la tuvo un amor extraordinario.

Pero un día ¡oh dolor! día funesto,

De emoción el galan quedó *traspuesto*.

Y ella en aquél instante,

Por no ser menos que el sensible amante,

Una gástrica tuvo calentura.

Trasposición se llama esta figura.»

Pero también esta trasposición, hecha en broma como la de Lope, es menos violenta que la tuya,

«¡De una de cabra piel!.....»

En fin, Marcelino, créeme; que sólo por tu bien te lo digo: quema este libro de las *odas*, *elegias*, *tragedias* y demás, y no vuelvas á meterte á poeta.

Hazlo por tu fama.

Porque en prosa escribes bastante bien. Ya ves que soy justo. Pero los versos, los haces más feos y más cursis que el palacio de la Equitativa.